

**Antología I**

**Modernismo**

**y**

**Generación del 98**

## 1.- Rubén Darío

### Texto 1.- AUTUMNAL *Eros, Vita, Lume*

En las pálidas tardes  
yerran nubes tranquilas  
en el azul; en las ardientes manos  
se posan las cabezas pensativas.  
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!  
¡Ah las tristezas íntimas!  
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,  
tras cuyas ondas trémulas se miran  
los ojos tiernos y húmedos,  
las bocas inundadas de sonrisas,  
las crespas cabelleras  
y los dedos de rosa que acarician!  
En las pálidas tardes  
me cuenta un hada amiga  
las historias secretas  
llenas de poesía:  
lo que cantan los pájaros,  
lo que llevan las brisas,  
lo que vaga en las nieblas,  
lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia  
de una sed infinita.  
Dije al hada amorosa:  
-Quiero en el alma mía  
tener la aspiración honda, profunda,  
inmensa: luz, calor, aroma, vida.  
Ella me dijo: -¡Ven!- con el acento  
con que hablaría un arpa. En él había  
un divino aroma de esperanza.  
¡Oh sed del ideal!

Sobre la cima  
de un monte, a medianoche,  
me mostró las estrellas encendidas.  
Era un jardín de oro  
con pétalos de llama que titilan.  
Exclamé: -¡Más!...  
La aurora vino después. La aurora sonreía,  
con la luz en la frente,  
como la joven tímida  
que abre la reja, y la sorprenden luego  
ciertas curiosas mágicas pupilas.  
Y dije: -¡Más!... Sonriendo  
la celeste hada amiga  
prorrumpió: -¡Y bien! ¡Las flores!

Y las flores  
estaban frescas, lindas,  
empapadas de olor: la rosa virgen,  
la blanca margarita,  
la azucena gentil y las volúviles  
que cuelgan de la rama estremecida.  
Y dije: -¡Más!...

El viento  
arrastraba rumores, ecos, risas,  
murmillos misteriosos, aleteos,  
músicas nunca oídas.  
El hada entonces me llevó hasta el velo  
que nos cubre las ansias infinitas,  
la inspiración profunda,  
y el alma de las liras.  
Y lo rasgó. Allí todo era aurora.  
En el fondo se vía  
un bello rostro de mujer.

¡Oh, nunca,  
Piérides, diréis las sacras dichas  
que en el alma sintiera!  
Con su vaga sonrisa:  
-¡Más?... -dijo el hada. Yo tenía entonces  
clavadas las pupilas  
en el azul; y en mis ardientes manos  
se posó mi cabeza pensativa...  
[1887]

**Texto 2.-** El soneto **Caupolicán** (del libro Azul) es una buena muestra de los temas americanos. El asunto tiene viejas raíces: Alonso de Ercilla (1533-1594)

Es algo formidable que vio la vieja raza;  
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón  
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza  
blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón.  
Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,  
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región;  
lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,  
desjarretar un toro o estrangular un león.  
Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz del día,  
le vio la tarde pálida, le vio la noche fría,  
y siempre el tronco de árbol a cuevas del titán.  
" ¡El Toqui, el Toqui! ", clama la conmovida casta.  
Anduvo, anduvo, anduvo. La aurora dijo "Basta",  
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

**Texto 3.- A ROOSEVELT**

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría que llegar hasta ti, Cazador!  
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod.  
Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.  
Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.  
Y domando caballos, o asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.  
(Eres un profesor de energía, como dicen los locos de hoy.)  
Crees que la vida es incendio,  
que el progreso es erupción;  
en donde pones la bala  
el porvenir pones.  
Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis, se oye como el rugir del león.  
Ya Hugo a Grant le dijo: "Las estrellas son vuestras."  
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.  
Mas la América nuestra, que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del gran Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española, la América en que dijo el noble Cuactemoc:  
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de Amor,  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador, para poder tenernos en vuestras férreas garras.  
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios! *Rubén Darío, 1904*

**Texto 4.- LO FATAL**

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque ésa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.  
Ser y no saber nada y ser sin rumbo cierto,  
y el temor de haber sido y un futuro terror...  
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
y sufrir por la vida y por la sombra y por  
lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,  
y no saber adónde vamos,  
ni de dónde venimos...

**2.- Manuel Machado. Alma (1902)**

**Texto 1.- CASTILLA.**- A Manuel Reina. Gran poeta

El ciego sol se estrella  
en las duras aristas de las armas,  
llaga de luz los petos y espaldares  
y flamea en las puntas de las lanzas.  
El ciego sol, la sed y la fatiga.  
Por la terrible estepa castellana,  
al destierro, con doce de los suyos,  
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.  
Cerrado está el mesón a piedra y lodo...  
Nadie responde. Al pomo de la espada  
y al cuento de las picas, el postigo  
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!  
A los terribles golpes,  
de eco ronco, una voz pura, de plata  
y de cristal, responde... Hay una niña  
muy débil y muy blanca, en el umbral. Es toda  
ojos azules; y en los ojos, lágrimas. Oro pálido nimba  
su carita curiosa y asustada.  
« ¡Buen Cid! Pasad... El rey nos dará muerte,  
arruinará la casa  
y sembrará de sal el pobre campo  
que mi padre trabaja...  
Idos. El Cielo os colme de venturas...  
En nuestro mal, ¡oh Cid!, no ganáis nada».   
Calla la niña y llora sin gemido...  
Un sollozo infantil cruza la escuadra  
de feroces guerreros,  
y una voz inflexible grita: « ¡En marcha!»  
El ciego sol, la sed y la fatiga.  
Por la terrible estepa castellana,  
al destierro, con doce de los suyos  
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

**Texto 2.- OCASO de Ars moriendi, de 1921.**

Era un suspiro lánguido y sonoro  
la voz del mar aquella tarde... El día,  
no queriendo morir, con garras de oro  
de los acantilados se prendía.

Pero su seno el mar alzó potente,  
y el sol, al fin, como en soberbio lecho,  
hundió en las olas la dorada frente,

en una brasa cárdena deshecho.

Para mi pobre cuerpo dolorido,  
para mi triste alma lacerada,  
para mi yerto corazón herido,  
para mi amargada vida fatigada...,  
¡el mar amado, el mar apetecido,  
el mar, el mar, y no pensar en nada!

**3.- Miguel de Unamuno**

**TEXTO 1 Castilla**

Tú me levantas, tierra de Castilla.  
en la rugosa palma de tu mano,  
al cielo que te enciende y te refresca,  
al cielo, tu amo.

Tierra nervuda, enjuta, despejada,  
madre de corazones y de brazos,  
toma el presente en ti viejos colores  
del noble antaño.

Con la pradera cóncava del cielo  
lindan en torno tus desnudos campos,

tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro  
y en ti santuario.

Es todo cima tu extensión redonda  
y en ti me siento al cielo levantado,  
aire de cumbre es el que se respira  
aquí, en tus páramos.

¡Ara gigante, tierra castellana,  
a ese tu aire soltaré mis cantos,  
si te son dignos bajarán al mundo  
desde lo alto!

**TEXTO 2.- «Hombre de contradicción y de y de de pelea»** Este texto breve presenta con nitidez el temperamento del autor. Pertenece a *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) y nos habla de su «contradicción íntima».

Varias veces, en el errabundo curso de estos ensayos, he definido, a pesar de mi horror a las definiciones, mi propia posición frente al problema que vengo examinando; pero sé que no faltará nunca el lector insatisfecho, educado un dogmatismo cualquiera, que se dirá: «Este hombre no se decide, vacila; ahora parece afirmar una cosa y luego la contraria; está lleno de contradicciones, no le puedo encasillar; ¿qué es?» Pues eso, uno que afirma contrarios, un hombre de contradicción y de pelea, como de sí mismo decía Job; uno que dice una cosa con el corazón y la contraria con la cabeza, y que hace de esta lucha su vida. Más claro, ni el agua que sale de la nieve de las cumbres.

Se me dirá que ésta es una posición insostenible, que hace falta un cimiento en que cimentar nuestra acción y nuestras obras, que no cabe vivir de contradicciones, que la unidad y la claridad son condiciones esenciales de la vida y del pensamiento, y que se hace preciso unificar éste. Y seguimos siempre en lo mismo. Porque es la contradicción íntima precisamente lo que unifica mi vida y le da razón práctica de ser.

O más bien es el conflicto mismo, es la misma apasionada incertidumbre lo que unifica mi acción y me hace vivir y obrar.

**TEXTO 3.- El alma de Castilla** *En torno al casticismo* encierra, ya en los comienzos de Unamuno (1095) sus meditaciones sobre España. Veamos sus aspectos fundamentales en este texto y en el siguiente. He aquí, por ejemplo, su visión de Castilla. Observad cómo, junto a la realidad física. Aparecen los sentimientos que el paisaje despierta en el autor. Paisaje y alma -insistiremos mucho en ello- se funden en las descripciones de la generación del 98.

¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de y sombra, en sus tintas dissociadas y pobres en matices. Las tierras se presentan como en inmensa plancha de mosaico de pobrísima variedad, sobre el que se extiende el azul intensísimo del cielo. Faltan suaves transiciones, ni hay otra continuidad armónica que la de la llanura inmensa y el azul compacto la cubre e ilumina.

No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que den ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierra llamen como un nido.

No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos, y que medio despierto de su modorra se regodea en el deseo de satisfacciones de apetitos amasados con su carne desde los albores de su vida, a la presencia de frondosos campos de vegetación opulenta. No es una naturaleza que recree al espíritu.

Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la naturaleza, ni nos absorbe ésta en sus espléndidas exuberancias; es, si cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma [...].

Siempre que contemplo la llanura castellana recuerdo dos cuadros. Es el uno un campo escueto, seco y caliente, bajo un cielo intenso, en que llena largo espacio inmensa muchedumbre de moros arrodillados, con las espingardas en el suelo, hundidas las cabezas entre las manos apoyadas en tierra, y al frente de ellos, de pie, un caudillo tostado, con los brazos tensos al azul infinito y la vista perdida en él como diciendo: « ¡Sólo Dios es Dios!» En el otro cuadro se presentaban en el inmenso páramo muerto, a la luz derretida del crepúsculo, un cardo quebrando la imponente monotonía en el primer término, y en lontananza las siluetas de Don Quijote y Sancho sobre el cielo agonizante.

«Sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga en mis dominios», se recuerda contemplando estas llanuras.

**TEXTO 4.-** Unamuno fue, sin duda, el primero en forjar la imagen de Castilla que habrían de desarrollar los escritores del "98". Tal imagen aparece ya en una de sus primeras obras, *En torno al casticismo*, escrita en 1895. Se propone en ella mostrar las raíces históricas de España, especialmente de Castilla; en uno de sus capítulos, se detiene a reflexionar sobre el condicionamiento de lo geográfico en el espíritu castellano. A tal capítulo corresponde el siguiente fragmento:

Recórrense a las veces leguas y más leguas desiertas, sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo o amarillea el rastrojo, alguna procesión monótona y gravé de pardas encinas, de verde severo y perenne, que pasan lentamente espaciadas, o de -tristes pinos que levantan sus cabezas uniformes. De cuando en cuando, a la orilla de algún pobre regato medio seco o de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda. De ordinario anuncian estos álamos al hombre: hay por allí algún pueblo, tendido en la llanura al sol, tostado por este y curtido por el hielo, de adobes muy a menudo, dibujando en el azul del cielo la silueta de su campanario. En el fondo se ve muchas veces el espinazo de la sierra y, al acercarse a ella, no montañas redondas en forma de borona, verdes y frescas, cuajadas de arbolado, donde salpiquen al vencido helecho la flor amarilla de la árgoma y la roja del brezo. Son estribaciones huesosas y descarnadas peñas erizadas de riscos, colinas recortadas que ponen al desnudo las capas del terreno resquebrajado de sed, cubiertas cuando más de pobres hierbas, donde sólo levantan cabeza el cardo rudo y la retama desnuda y olorosa.

**1rastrajo:** campo en el que se ha segado la mies.

**2adobes:** ladrillos de barro secado al aire, sin cocer.

**3borona:** pan de maíz, característico del Norte.

**4 árgoma:** llamada también "aulaga" o "aliaga". En realidad, se da este nombre, -según las regiones- a diversas matas; el autor se refiere sin duda a la variedad más frecuente en la España húmeda.

**5 brezo,** arbusto muy ramoso con flores pequeñas de color blanco verdoso o rojizas; como la aulaga, es propio de tierras húmedas.

**Texto 5.- La "nivola"** Como ejemplo del arte narrativo de Unamuno, leamos un fragmento del capítulo XXXI de *Niebla* (1914), revelador, además, de las típicas preocupaciones unamunianas: la consistencia de la persona, el anhelo de «serse», la angustia ante la muerte y el más allá. Es un capítulo famoso: el protagonista, Augusto, desesperado por un desengaño amoroso, ha pensado en suicidarse. Sin embargo, habiendo leído cierto ensayo sobre el suicidio, decide consultar con su autor, que no es otro que... el propio Unamuno. He aquí la insólita conversación entre el novelista y su personaje (Cap. 31):

[...]

Cuando me anunciaron su visita sonreí enigmáticamente y le mandé pasar a mi despacho-librería. Entró en él como un fantasma, miró a un retrato mío al óleo que allí preside a los libros de mi librería, y a una seña mía se sentó, frente a mí.

Empezó hablándome de mis trabajos literarios y más o menos filosóficos, demostrando conocerlos bastante bien, lo que no dejó, ¡claro está!, de halagarme, y en seguida empezó a contarme su vida y sus desdichas. Le atajé diciéndole que se ahorrara aquel trabajo, pues de las vicisitudes de su vida sabía yo tanto como él, y se lo demostré citándole los más íntimos pormenores y los que él creía más secretos. Me miró con ojos de verdadero terror y como quien mira a un ser increíble; creí notar que se le alteraba el color y traza de semblante y que hasta temblaba. Le tenía yo fascinado. [...]

Me miró con una enigmática y socarrona sonrisa y lentamente me dijo:

-Pues más difícil aún que el que uno se conozca a sí mismo es el que un novelista o un autor dramático conozca bien a los personajes que finge o cree fingir...

Empezaba yo a estar inquieto con estas salidas de Augusto y a perder mi paciencia.

-E insisto -añadió- en que aún concedido que usted me haya dado el ser y un ser ficticio, no puede usted, así como así y porque sí, porque le dé la real gana, como dice, impedirme que me suicide.

-¡Bueno, basta! ¡Basta! -exclamé dando un puñetazo en la camilla-. ¡Cállate! ¡No quiero oír más impertinencias...! ¡Y de una criatura mía! Y como ya me tienes hartado y además no sé ya qué hacer de ti, decido ahora mismo no ya que te suicides, sino matarte yo. ¡Vas a morir, pues, pero pronto! ¡Muy pronto!

-¿Cómo? -exclamó Augusto, sobresaltado-. ¿Que me va usted a dejar morir, a hacerme morir, a matarme?

-¡Sí, voy a hacer que mueras!

-¡Ah, eso nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! -gritó.

-¡Ah! -le dije, mirándole con lástima y rabia-. ¿Conque estabas dispuesto a matarte y no quieres que yo te mate? ¿Conque ibas a quitarte la vida y te resistes a que te la quite yo?

-Sí; no es lo mismo...

-En efecto, he oído contar casos análogos. He oído de uno que salió una noche armado de un revólver y dispuesto a quitarse la vida; salieron unos ladrones a robarle, le atacaron, se defendió, mató a uno de ellos, huyeron los demás, y al ver que había comprado su vida por la de otro renunció a su propósito.

-Se comprende -observó Augusto-; la cosa era quitar a alguien la vida, matar a un hombre, y ya que mató a otro, ¿a qué había de matarse? Los más de los suicidas son homicidas frustrados; se matan a sí mismos por falta de valor para matar a otros...

-¡Ah, ya te entiendo, Augusto, te entiendo! Tú quieres decir que si tuvieses valor para matar a Eugenia o a Mauricio, o a los dos, no pensarías en matarte a ti mismo, ¿eh?

-¡Mire usted, precisamente a esos... no!

-¿A quién, pues?

-¡A usted! -y me miró a los ojos.

-¿Cómo? -exclamé, poniéndome en pie-. ¿Cómo? Pero ¿se te ha pasado por la imaginación matarme?, ¿tú?, ¿y a mí?

-Siéntese y tenga calma. ¿O es que cree usted, amigo don Miguel, que sería el primer caso en que un ente de ficción, como usted me llama, matara a aquel a quien creyó darle ser... ficticio?

-¡Esto ya es demasiado -decía yo, paseándome por mi despacho-, esto pasa de raya! Esto no sucede más que...

-Más que en las "nivolas" -concluyó con sorna.

-¡Bueno, basta! ¡Basta! ¡Basta! ¡Esta no se puede tolerar! ¡Vienes a consultarme a mí y tú empiezas por discutirme mi propia existencia, después el derecho que tengo a hacer de ti lo que me dé la real gana, sí, así como suena, lo que me la real gana, lo que me salga de...!

-No sea usted tan español, don Miguel...

-¡Y eso más, mentecato! ¡Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote; un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡Sea la luz!, y su verbo fue verbo español...



-Bien, ¿y qué? -me interrumpió, volviéndome a la realidad.

-Y luego has insinuado la idea de matarme. ¿Matarme? ¿A mí? ¿Tú? ¡Morir yo a manos de una de mis criaturas? No tolero más. Y para castigar tu osadía y esas doctrinas disolventes, extravagantes, anárquicas, con que te me has venido, resuelvo y fallo que te mueras. En cuanto llegues a tu casa te morirás. ¡Te morirás, te lo digo, te morirás!

-Pero ¡por Dios...! -exclamó Augusto, ya suplicante, y de miedo tembloroso y pálido.

-No hay Dios que valga. ¡Te morirás!

-Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...

-¿No pensabas matarte?

-¡Oh, si es por eso, yo le juro, señor de Unamuno, que no me mataré, que no me quitaré esta vida que Dios o usted me han dado; se lo juro... Ahora que usted quiere matarme, quiero yo vivir, vivir, vivir...

-¡Vaya una vida! -exclamé.

-Sí, la que sea. Quiero vivir, aunque vuelva a ser burlado, aunque otra Eugenia y otro Mauricio me desgarran el corazón. Quiero vivir, vivir, vivir...

-No puede ser ya..., no puede ser...

-Quiero vivir, vivir..., y ser yo, yo, yo.

-Pero sí tú no eres sino lo que yo quisiera...

-¡Quiero ser yo, ser yo! ¡Quiero vivir! -y le lloraba la voz.

-No puede ser..., no puede ser...

-Mire usted, don Miguel, por sus hijos, por su mujer, por lo que más quiera... Mire que usted no será usted..., que se morirá...

Cayó a mis pies de hinojos, suplicante y exclamando:

-¡Don Miguel, por Dios, quiero vivir, quiero ser yo!

-¡No puede ser, pobre Augusto -le dije, cogiéndole una mano y levantándole-, no puede ser! Lo tengo ya escrito y es irrevocable; no puedes vivir más. No sé qué hacer ya de ti. Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata... Y no se me olvida que pasó por tu mente la idea de matarme...

#### Texto 6.- San Manuel Bueno, mártir (Secuencia 5)

Su vida era activa y no contemplativa, huyendo cuanto podía de no tener nada que hacer. Cuando oía eso de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, contestaba: "Y del peor de todos, que es el pensar ocioso". Y como yo le preguntara una vez qué es lo que con eso quería decir, me contestó: "Pensar ocioso es pensar para no hacer nada o pensar demasiado en lo que se ha hecho y no en lo que hay que hacer. A lo hecho pecho y a otra cosa, que no hay peor que remordimiento sin enmienda". ¡Hacer!, ¡hacer! Bien comprendí yo ya desde entonces que Don Manuel huía de pensar ocioso y a solas, que algún pensamiento le perseguía.

#### 4.- VALLE-INCLÁN

**Texto 1.- El resplandor de la hoguera** (1909) (Cáp. XIX). Es un episodio de la guerra carlista de 1872 a 1876: una tropa de "cazadores" -soldados republicanos- es atacada por una partida carlista.

Algunas boinas rojas salían de los riscos y bajaban corriendo hacia el puente. Se veía la silueta negra de los soldados destacándose sobre el claro azul de las alturas, ágiles y saltantes. Oyendo sus gritos sonoros en el silencio de las rocas, aquella hilada de cazadores que cruzaba como un rebaño por la carretera, sintió de pronto el aire encendido de la guerra agitar las almas, revolver en ellas, hincharlas y darlas al viento como el paño de una bandera. Cada sargento veterano fue un caudillo y un ejemplo en la ocasión. El veterano capitán se apeó dando gritos heroicos:

- ¡Hijos míos, vamos a cubrirnos de gloria! ¡Es nuestro honor el honor de la patria! Tenemos dos madres: la santa que preside el hogar y nuestra bandera.

Corrió a la cabeza de la tropa con la barba trémula y los ojos brillantes, prontos a llenarse de lágrimas, porque era siempre el primero en sentir la emoción de sus arengas. Un zagal de doce años, hijo de un bagajero, gritaba a par del capitán, huroneando por las filas para cobrar el asno. El animal, libre del peso del jinete, sacudía con desperezo los lomos y daba rebuznos tan sonoros que el eco milenario de aquellas montañas pudo despertarse recordando el son de la bocina de Rolando. Cuando alcanzó el asno, el muchacho cabalgó alegremente, y espoleándole con los talones corrió confundido entre los cazadores. Cerca del puente, una bala le abrió un agujero en la frente. Siguió sobre el asno con las manos amarillas y un ojo colgante sobre la mejilla, sujeto de un pingajo sangriento. Fue inclinándose lentamente hasta caer, y el asno quedó inmóvil a su lado.

El padre, que le vio de lejos, acudió corriendo, muy pálido. Los cazadores hacían fuego por descargas sobre los carlistas que ocupaban el puente y sólo respondían con un tiroteo graneado. Advertíase que apuntaban y disparaban despacio, como a las liebres en el acecho y a las codornices en los trigales. El bagajero, inclinado sobre el cuerpo yerto del hijo, movía incesantemente la cabeza al oír el silbo de las balas.

**Texto 2.- Luces de bohemia** (de la escena XII)

MAX.-Como te has convertido en buey, no podía reconocerte. Échame el aliento, ilustre buey del pesebre belenita. ¡Muge, Latino! Tú eres el cabestro, y si muges vendrá el Buey Apis. Lo torearemos.

DON LATINO.-Me estás asustando. Debías dejar esa broma.

MAX.-Los ultraístas son unos farsantes. El esperpentismo lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasarse en el callejón del Gato.

DON LATINO.- ¡Estás completamente curda!

MAX.-Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

DON LATINO.- ¡Miau! ¡Te estás contagiando!

MAX.-España es una deformación grotesca de la civilización europea.

DON LATINO.- ¡Pudiera! Yo me inhibo.

MAX.-Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

DON LATINO.-Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato.

MAX.-Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.

DON LATINO.- ¡Eres genial! ¡Me quito el cráneo!

MAX.-Latino, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España.

DON LATINO.-Nos mudaremos al callejón del Gato.

**5.- ANTONIO MACHADO (XIII)****Texto 1.-**

Hacia un ocaso radiante  
caminaba el sol de estío,  
y era, entre nubes de fuego, una trompeta gigante,  
tras los álamos verdes de las márgenes del río.  
Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera  
de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,  
entre metal y madera,  
que es la canción estival.  
En una huerta sombría,

giraban los cangilones de la noria soñolienta.  
Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.  
Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.  
Yo iba haciendo mi camino  
absorto en el solitario crepúsculo campesino.  
Y pensaba: «¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa,  
toda desdén y armonía;  
hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía  
de este rincón vanidoso, obscuro rincón que piensa!»  
Pasaba el agua rizada bajo los ojos del puente.  
Lejos la ciudad dormía,  
como cubierta de un mago fanal de oro transparente.  
Bajo los arcos de piedra el agua clara corría.  
Los últimos arreboles coronaban las colinas  
manchadas de olivos grises y de negruzcas encinas.  
Yo caminaba cansado,  
sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pesado.  
El agua en sombra pasaba tan melancólicamente,  
bajo los arcos del puente,  
como si al pasar dijera:  
«Apenas desamarrada  
la pobre barca, viajero, del árbol de la ribera,  
se canta: no somos nada.  
Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera.»  
Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría.  
(Yo pensaba: ¡el alma mía!)  
Y me detuve un momento,  
en la tarde, a meditar...  
¿Qué es esta gota en el viento  
que grita al mar: soy el mar?  
Vibraba el aire asordado  
por los élitros cantores que hacen el campo sonoro,  
cual si estuviera sembrado  
de campanitas de oro.  
En el azul fulguraba  
un lucero diamantino.  
Cálido viento soplaba  
alborotando el camino.  
Yo, en la tarde polvorienta,  
hacia la ciudad volvía.  
Sonaban los cangilones de la noria soñolienta.  
Bajo las ramas oscuras caer el agua se oía.

**Texto 2.- CAMPOS DE SORIA (VII)**

¡Colinas plateadas,  
grises alcores, cárdenas roquedas  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, oscuros, encinares,  
ariscos pedregales, calvas sierras,

caminos blancos y álamos del río,  
tardes de, Soria, mística y guerrera  
hoy siento por vosotros, en el fondo  
del corazón, tristeza,  
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria  
donde parece, que las rocas sueñan,  
conmigo vais  
¡Colinas plateadas,  
grises alcores, cárdenas roquedas! ...

### Texto 3.- "A un olmo seco" (de Campos de Castilla)

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo,  
algunas hojas verdes le han salido.  
¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.  
No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.  
Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.  
Antes que te derribe, olmo del Duero,

con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,  
ardas de alguna mísera caseta,  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hasta la mar te empuje  
por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera. *Soria, 1912.*

## 6.- PÍO BAROJA

### Texto 1.- ELOGIO SENTIMENTAL DEL ACORDEÓN

¡Oh la enorme tristeza de la voz cascada, de la voz mortecina que sale del pulmón de ese plebeyo, de ese poco romántico instrumento!

Es una voz que dice algo monótono, como la misma vida; algo que no es gallardo, ni aristocrático, ni antiguo; algo que no es extraordinario ni grande, sino pequeño y vulgar, como los trabajos y los dolores cotidianos de la existencia.

¡Oh la extraña poesía de las cosas vulgares!

Esa voz humilde que aburre, que cansa, que fastidia al principio, revela poco a poco los secretos que oculta entre sus notas, se clarea, se transparenta, y en ella se traslucen las miserias del vivir de los rudos marineros, de los infelices pescadores; las penalidades de los que luchan en el mar y en la tierra con la vela y con la máquina; las amarguras de todos los hombres uniformados con el traje azul sufrido y pobre del trabajo.

¡Oh modestos acordeones! Simpáticos acordeones! Vosotros no contáis grandes mentiras poéticas como la fastuosa guitarra; vosotros no inventáis leyendas pastoriles como la zampoña o la gaita; vosotros no llenáis de humo la cabeza de los hombres como las estridentes cornetas o los bélicos tambores. Vosotros sois de nuestra época: humildes, sinceros, dulcemente plebeyos, quizá ridículamente plebeyos; pero vosotros decís de la vida lo que quizá la vida es en realidad: una melodía vulgar, monótona, ramplona, ante el horizonte ilimitado.

**Texto 2: *El árbol de la ciencia***

En casi todos los momentos de su vida, Andrés experimentaba la sensación de sentirse solo y abandonado.

La muerte de su madre le había dejado un gran vacío en el alma y una inclinación a la tristeza.

La familia de Andrés, muy numerosa, se hallaba formada por el padre y cinco hermanos. El padre, don Pedro Hurtado, era un señor alto, flaco, elegante, hombre guapo y calavera en su juventud.

De un egoísmo frenético, se consideraba el metacentro del mundo. Tenía una desigualdad de carácter perturbadora, una mezcla de sentimientos aristocráticos y plebeyos insoportable. Su manera de ser se revelaba de una forma insólita e inesperada. Dirigía la casa despóticamente, con una mezcla de chinchorrería y de abandono, de despotismo y de arbitrariedad, que a Andrés le sacaba de quicio.

Varias veces, al oír a don Pedro quejarse del cuidado que le proporcionaba el manejo de la casa, sus hijos le dijeron que lo dejara en manos de Margarita. Margarita contaba ya veinte años, y sabía atender a las necesidades familiares mejor que el padre; pero don Pedro no quería.

A éste le gustaba disponer del dinero; tenía como norma gastar de cuando en cuando veinte o treinta duros en caprichos suyos, aunque supiera que en su casa se necesitaban para algo imprescindible.

Don Pedro ocupaba el cuarto mejor, usaba ropa interior fina; no podía utilizar pañuelos de algodón, como todos los demás de la familia, sino de hilo y de seda. Era socio de dos casinos, cultivaba amistades con gente de posición y con algunos aristócratas, y administraba la casa de la calle de Atocha, donde vivían. **Pío Baroja**, *El árbol de la ciencia*.